

Luis estaba casado, no era rico, pero un pequeño comercio de ferretería le daba con qué subsistir sin estrecheces. Felicia bajo su techo le hacía completamente feliz. Intima él con un joven extranjero y lo lleva a comer a su casa. El extranjero se prenda de Felicia y continúa visitando la casa y haciendo el amor a la esposa de su amigo. Eso dura algún tiempo, y una mañana, cuando Luis almorzaba, le dijo su mujer:—Tengo que comunicarte algo serio así que concluyas de almorzar.—¿Qué será? Veamos. Pues, si lo deseas, escucha:—Te juré fidelidad ante el altar del Dios que adoro, y primero moriría que delinquir. Debo por eso confesarte que amo a dos hombres: primero que a nadie te amé; pero hoy amo mucho más que a tí, que has dudado de tu mujer injustamente, al joven extranjero que me trajiste. Luis, presa de un temblor nervioso, y como si tuviera una plancha de plomo en el pecho, quiso replicar, gritar, moverse, pero no pudo. Ella siguió impávida:—No podría continuar a tu lado fiel y pura porque la tentación es terrible, aunque jamás seré pérfida. Acepta,

pues, la separación de cuerpos por mutuo consentimiento, y el divorcio dentro de dos años. Me iré en seguida con el joven extranjero para Nueva York, y si me llega la desgracia de perder por cualquier causa al que será mi nuevo marido, y tú guardas aún amor por mí, como después de él sólo a tí te amo, convengo en volver a tu lado y ser sólo tuya. Esta solución, si tú la aceptas, no te manchará ni a mí. Tendré un motivo más de gratitud para tí, y una prueba de tu nobleza, que mientras viva recordaré; habrás contribuído a defender la sinceridad y el honor de una dama y te demostrará que la mujer no es pérfida como la ola.

Luis produjo un sonido gutural horrible; hizo un supremo esfuerzo, dió un salto, cayó de la cama, y despertó llenos los ojos de lágrimas. En ese momento, el corneta del cuartel saludaba la aurora con notas metálicas de su clarín potente. Se hizo su tocado y se largó a la calle a refrescar la cabeza.

CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO

La ignorancia

Los pobres cerebros infantiles, los corazones sin valor, todos los enfermos y todos los humildes, embrutecidos por la servidumbre y la miseria, son fácil presa de falsarios y embusteros, explotadores de la credulidad pública.

En todas las épocas, los señores del mundo; iglesias, imperios, monarquías, han reinado sobre multitudes de desgraciados, envenenándolas después de haberlas robado y manteniéndolas en el terror y en la esclavitud de falsas creencias. Pero el envenenamiento no bastaba para explicar aquella modorra de las conciencias, aquella nada en que dormitaba la conciencia popular. Para que un pueblo se dejase envenenar tan fácilmente era forzoso que no se conservase fuerza alguna de resistencia. El veneno obra principal-

mente sobre los ignorantes, sobre los que no saben ni son capaces de examen, crítica ni discusión.

Así, como base de todo dolor, de tanta iniquidad e injusticia, descúbrase la ignorancia, causa primera y única del largo calvario de la humanidad en su camino, en esa ascensión tan trabajosa y lenta hacia la luz, atravesando todos los lodazales y los crímenes de la historia. Por allí era, por aquella misma base, por donde había que reanudar siempre la emancipación de los pueblos, instruyendo sus hondas capas, pues una vez más acababa de probarse que todo pueblo ignorante es incapaz de equidad, y que la verdad es lo único que habilita para la justicia.

EMILIO ZOLA

IMP. ALSINA, SAN JOSE, C. R.